

II

Réplica de la oposición al Presidente de la República

EL Presidente del PDC, Renán Fuentealba, respondió en nombre de la Confederación Democrática, al Presidente de la República, quien se había dirigido anteriormente al país por cadena nacional de Radio y TV.

"En primer lugar deseo agradecer a Canal 13 por permitirnos hacer uso del derecho de réplica y poder contestar las expresiones del Presidente de la República por cadena nacional de televisión.

Quisiera, en primer término, reiterar con relación al paro que en este momento se realiza en el país y que han motivado las palabras presidenciales cuáles son los objetivos que persiguen el movimiento huelguístico que afecta al país y las razones que ha tenido la oposición para apoyar este movimiento.

El país sabe y a este respecto no puede ser engañado, que el paro que iniciaron los transportistas ha concitado un amplio apoyo gremial, producto de una reacción espontánea de numerosos grupos organizados de nuestra sociedad que han tomado conciencia de la necesidad de protestar en forma masiva para obtener la rectificación de la política del Gobierno.

La inflación galopante, el desabastecimiento agudo que sufre la población, la crisis general de la economía, la caída de la producción, la ineficiencia y el desorden, hechos que están presentes en la inmensa mayoría de todos los chilenos, son las causas promotoras de la ola de huelgas que conmueve al país.

Desde ese punto de vista resulta ingenua la explicación que hace recaer en propósitos exclusivamente políticos el origen del movimiento; quienes ahora están en el Gobierno hicieron de la huelga, del paro nacional y de la agitación, un arma cotidiana en la vida del país y siempre defendieron este tipo de acciones como un principio legítimo dentro de la democracia, para obtener reivindicaciones gremiales y sindicales y en general para luchar por las legítimas aspiraciones.

La acogida que ha tenido el movimiento de protesta contra el Gobierno revela que él no obedece a móviles políticos sino que, como decíamos antes, surge del descontento profundo de las mayorías asfixiadas por el sectarismo, la prepotencia, la incapacidad de percibir las aspiraciones del pueblo y, a la vez, de corregir errores en los cuales se persiste con imperturbable pertinacia que caracteriza el estilo totalitario de una política.

En los momentos que estoy hablando, el movimiento huelguístico abarca muchos gremios y actividades nacionales, transportistas, campesinos, estudiantes, empleados, profesionales, comercio, todos se encuentran paralizados.

Esto desmiente de una manera irrefutable la afirmación del Gobierno y del propio Presidente de la República en el sentido de que el paro estaría derrotado. Por el contrario, el paro está derrotando al Gobierno por su profundidad y por la firme resolución de los dirigentes gremiales de terminarlo sólo cuando sus peticiones hayan sido satisfechas, honorablemente satisfechas.

Prueba de ello es que se hacen grandes esfuerzos presidenciales por romper y dividir a los gremios en paro.

El Partido Demócrata Cristiano y la oposición le han prestado un apoyo decidido al movimiento huelguístico; primero, porque comparte los puntos de vista de los gremios y encuentra justas las peticiones que plantean; segundo, porque es necesario enfrentar al Gobierno en el plano político para impedir que éste desvirtúe el sentido democrático de la protesta, califique de sediciosos a todos los que no están de acuerdo con su política y pisotee los derechos gremiales; tercero, la Confederación de la Democracia comprende que, dada la gravedad del conflicto que vive el país, él compromete valores políticos esenciales para la democracia, por lo cual el país ha conocido, por ejemplo, la declaración formulada por la Confederación de la Democracia el 21 de octubre que, junto con asumir la defensa de las reivindicaciones gremiales, plantea la necesidad de normalizar la situación política del país, estableciendo entre otros principios el del respeto al derecho de reunión; el estricto control de cualquier actividad administrativa que interfiera en el proceso electoral y control del uso de los medios de que dispone el Estado; el acceso igualitario a los medios de comunicación de masas y el pleno respeto a los derechos legales de los distintos sectores políticos, así como el control de las FF. AA. desde 96 horas antes de los actos eleccionarios, para garantizar la libre expresión de la libertad ciudadana.

Todo esto referido a la necesidad de garantizar la realización de las próximas elecciones generales de marzo de 1973 en un clima ampliamente democrático, para que el pueblo se pronuncie sobre la gestión del actual Gobierno en medio de claras garantías.

En resumen, afirmamos categóricamente que el Partido Demócrata Cristiano y la oposición toda están respaldando y apoyando un movimiento sindical y gremial de amplias proporciones que ha surgido por la incapacidad del Gobierno.

El movimiento huelguístico no tiene carácter político sino que los partidos de la oposición lo amparan ante la agresiva y ciega respuesta que han estado recibiendo por parte de las autoridades de Gobierno, cuya obligación es ofrecer soluciones y no envenenar el alma del país con una campaña de mentiras y calumnias.

El Presidente de la República habló anoche por una cadena de radio y televisión para enjuiciar, una vez más, el carácter del paro que, a pesar de sus palabras, como lo hemos demostrado, se mantiene con pleno vigor.

Su Excelencia hizo una relación de ciertos actos de violencia que se han producido en estos días, actos que todos lamentamos, pretendiendo probar con ello que el núcleo que, según él, inspira las huelgas, abriga propósitos sediciosos.

Sin embargo, no podemos dejar de señalar que nos parece el colmo de los colmos que el señor Presidente de la República pueda por cadena nacional de radio y televisión hacer afirmaciones falsas y, anoche el señor Presidente de la República señaló que entre los actos violentos y de sabotaje que se estaban cometiendo en contra de su Gobierno, estaba el incendio de la fábrica de Chiguayante. Eso no es efectivo. Eso no ha sido un acto de sabotaje. Ese ha sido un acto absolutamente ajeno a la mano extraña. Tengo aquí, en mis manos, un informe de fecha 30 de noviembre de 1971, es decir, desde hace un año atrás, firmado por el Ingeniero Civil Mecánico, don Hugo Luis Saavedra, en que haciendo un estudio de la fábrica de Chiguayante, de la sala vieja de telares, expresa como conclusión lo siguiente: "Su estado está más allá de toda reparación posible, se corre el riesgo de derrumbe o incendio y más aún en caso de sismo de poca intensidad. Riesgo que aumenta con el tiempo, no sólo por deterioro del edificio, sino también porque la zona de Concepción se ha visto libre de movimientos sísmicos en los últimos años, aumentando entonces la probabilidad de sismos medianos o fuertes". Y el propio interventor de la Empresa, representante del Gobierno y puesto allí por el Gobierno, con fecha 6 de diciembre de 1971 se dirigía a la Cor-

poración de Fomento de la Producción, solicitándole un préstamo sobre la base de los antecedentes que acompaña, en los cuales expresa que entre otros riesgos están en peligro "la vida de los 65 trabajadores que en cada turno laboran en él; el daño parcial o total a los telares instalados en este edificio, cuyo costo de reposición es del orden de US\$ 1.500.000 CIF; la pérdida de producción por valor de E° 108.000.000; pérdida neta de E° 45.000.000 para la Empresa". Le acompaña el señor interventor un proyecto de nueva sala de telares, en donde se justifica ese proyecto diciendo: "Los edificios antiguos de la Sala de Telares no tienen reparación posible y se corre el riesgo de derrumbe o incendio en caso de sismo de mediana intensidad. Este riesgo aumenta con el tiempo". Pues bien, estos informes prueban entonces que esos riesgos que se produjeron y que el señor Presidente de la República quiere señalar ahora como sabotaje, esos riesgos son los causantes de lo que allí sucedió y que, en consecuencia, se ha hecho incurrir a la primera autoridad del país en una afirmación que él ha hecho anoche por cadena nacional de televisión, en circunstancias de que como lo señala, también, el informe del Cuerpo de Bomberos, el incendio que ocurrió en Chiguayante fue absolutamente casual y, en consecuencia, debido a las causas que en estos informes que me he permitido leerles se señala.

Así se esgrime la falsedad con normas para acusar de saboteadores o sediciosos a los miembros de la oposición o a quienes no están de acuerdo con la conducta de este Gobierno.

Como siempre el señor Presidente de la República, que parece jugar con la suerte del país como con una moneda falsa de dos caras o de dos sellos, no se refirió para nada a los innumerables actos de violencia que sectores adictos a su Gobierno han venido realizando, no solamente en estos 12 días, sino que en los últimos meses y que han llevado la angustia, la incertidumbre y el miedo a una gran parte de nuestra población. Podríamos citar no menos tal vez de 40 ó 50 casos de violencia, para refrescarle la memoria al Primer Mandatario que ve la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio.

El Jefe del Estado, se refirió, también, a los daños que ha sufrido la economía del país debido a los paros, especialmente de los transportistas y otros.

Es curioso: por una parte, el Presidente de la República dice que el país marcha normalmente, que ningún servicio básico ha sido paralizado y, por otra parte, sostiene que las pérdidas que

ha ocasionado el conflicto alcanzan ya a los 100 millones de dólares.

Ojalá que S. E. el Presidente de la República hubiese meditado en estas cosas cuando era opositor y cuando él encabezó innumerables paros y huelgas, entre los cuales podríamos citar huelgas de la Gran Minería del Cobre que le provocaron al país una sangría económica infinitamente mayor que las cifras que él cita. Nosotros podríamos haber paralizado los minerales de cobre, pero no lo hicimos porque nuestra ética y nuestros principios son distintos de la ética y de los principios del partido en que milita el señor Presidente y de los que lo apoyan.

Ojalá que el país, también pudiera sopesar esas cifras con el irreparable deterioro que ha sufrido la economía chilena gracias a la desastrosa gestión económica de su Gobierno, ya que sólo en el rubro de importación de alimentos le está costando a los chilenos un endeudamiento superior a los 400 millones de dólares. Ayer mismo tuvimos oportunidad de escuchar en un programa informativo de Canal 13, de este mismo canal, el dramático relato que hacía un funcionario del Gobierno del señor Allende que confirmó lo que todos los chilenos sabemos y es el hecho doloroso de que Chile sólo puede tener pan, en la medida en que se puedan descargar los barcos que traen el trigo del extranjero. El día que esos barcos no lleguen a tiempo o que haya dificultad en el proceso de distribución del trigo, los hogares chilenos quedarán sin pan.

Naturalmente, nadie puede alegrarse de que sufra daños la economía del país, pero tampoco se puede amordazar a los gremios y a los sindicatos que protestan haciendo uso de un derecho. La lógica del argumento del señor Allende nos llevaría a la crisis de las libertades democráticas, porque él piensa que todo acto que ponga al desnudo las deficiencias de su gestión son sediciosas o agravan la situación económica. Por esa vía, Chile pasaría a ser una especie de campo de concentración en donde nadie tendría ni siquiera el derecho a formular sus legítimas aspiraciones.

Finalmente, el Presidente de la República, anunció su propósito de llegar a un arreglo con los gremios en conflicto, a una solución que permitiera normalizar la vida del país y, según nuestras informaciones, estaría negociando directamente con ellos. Ojalá que esté negociando con el real propósito de buscar la solución justa a las justas aspiraciones de los gremios y que no se trate simplemente de una mera maniobra política destinada a destruir el movimiento o a dividir a los gremios afectados.

Eso es precisamente lo que le corresponde ha-

cer. No prolongar los paros planteados, sino que proponerles soluciones justas, desistirse de las querrelas presentadas y garantizar el cese inmediato de las medidas represivas que se han estado aplicando contra los trabajadores de los diferentes gremios en conflicto.

Nosotros hemos afirmado que es el Gobierno el responsable de resolver el conflicto. Nosotros hemos apoyado a los gremios en huelga y lo hemos hecho para que el Gobierno se convenza de que tiene que llegar a un avenimiento con ellos. El Presidente de la República es responsable, también de los daños que sufre nuestra economía si no se apresura a terminar con el paro mediante una negociación democrática.

Queremos rechazar de la manera más definitiva la campaña calumniosa que se efectúa contra la oposición.

No estamos buscando el derrocamiento del Gobierno. Si el movimiento se agrava y se producen consecuencias que nosotros no hemos perseguido, la culpa es del Gobierno, por haber sido incapaz de buscar solución a un conflicto legítimo.

Hemos planteado claramente nuestra solidaridad a un movimiento justo y perseguimos la satisfacción de los planteamientos y peticiones que han formulado los interesados.

Nuestro apoyo ha sido leal y decidido y cualquier movimiento inspirado en fines semejantes, de cualquier núcleo social contará con nuestra solidaridad.

No podríamos dejar de hacerlo en el futuro, porque, por causas ajenas a nosotros, se producen consecuencias que no nos hemos propuesto.

Hemos actuado democráticamente y nuestra presencia ha sido prenda de seguridad para no desvirtuar el conflicto, ni desviarlo de sus legítimas finalidades.

Tenemos convicciones y principios que nos apartan de toda desviación golpista o totalitaria. Sabemos, además, que la inmensa mayoría del país está por la defensa de la libertad y del derecho de los gremios u organizaciones sociales y profesionales de plantear posiciones y luchar por sus reivindicaciones. Esa mayoría, es nuestra fuerza y sólo deseamos que pueda expresarse ampliamente en éste y otros casos.

Son las fuerzas totalitarias que están en el Gobierno las más interesadas en impedir que el pueblo se exprese libremente y son ellas las que quieren privarlo de sus derechos. Si no fuera así, ¿por qué se decretan zonas de emergencia, se censura a la prensa y se clausuran radios, abusando de la lealtad de las FF. AA.?

Los dictadores siempre temen el veredicto y la opinión del pueblo. A ellos la libertad les pro-

duce alergia, aun cuando hayan abusado de la misma, cuando todavía no eran poder.

La historia recogerá este estigma que recae sobre un hombre que ha sido incapaz de defender su gobierno en la lid democrática.

Nosotros queremos lo mejor para nuestra patria. No buscamos el enfrentamiento ni la guerra civil. Tampoco amenazamos al señor Allende, como él suele hacerlo todos los días o con mucha frecuencia.

Pero no renunciaremos jamás a la defensa activa de nuestros principios porque ellos son el fundamento de la libertad.

El país está enfrentando una honda crisis, la mayor de su historia, la que se manifiesta en la destrucción acelerada de su economía, de su sistema político y de su rica gama de organismos intermedios.

De la destrucción de la economía es ya casi inofensivo hablar. Ya ha pasado la hora de los diagnósticos, de las proyecciones futuras y entramos a vivir aceleradamente la hora de las realidades.

Todo cuanto hoy día le sucede al señor Allende en materia económica, se le señaló oportunamente. Se le dijo hasta el cansancio cuál era el resultado de las medidas que adoptaba. Pero Su Excelencia, el Presidente de la República, no sólo no escucha al pueblo, sino que tampoco escucha a la técnica. Por eso, cuando en la primera mitad de este año un Centro Universitario, de la más alta jerarquía, y un senador de mi partido le advirtieron que la inflación no sería menos de un 140 por ciento, prefirió contestar con el desprecio de que suelen hacer gala las personas inocentes.

Hoy día el señor Allende está seguro de que a fin de año no tendrá un 140 por ciento de inflación, sino un 160 por ciento. Pero el señor Allende es probable que esté seguro, además, de que para el próximo año la economía chilena no sólo crecerá sino que el producto nacional disminuirá entre un 5 y un 10 por ciento.

Por eso, cuando el Presidente de la República se pregunta cuál es la causa de esta agitación, de esta protesta popular, no le podemos aceptar que le eche la culpa al empedrado. No es la sedición, señor Allende. Usted lo sabe. Es el pueblo que toma conciencia de que usted le entrega hoy un futuro de incertidumbre y escasez y que para mañana le entregará, señor Presidente, hambre. No hay en mis palabras la menor dosis de exageración. A fines de este mes las remuneraciones se habrán reajustado en un 100 por ciento, y en dos meses más, según las proyecciones de su propio equipo económico, esas remuneraciones

tendrán que reajustarse nuevamente en un 60 por ciento.

Es bueno que el Presidente rectifique su errado camino y, cambiando desde el tono y el sentido de sus discursos, termine variando el propósito de sus acciones. El clamor del pueblo no se destruye, tratándolo de sedición o fascismo. Al pueblo se le escucha, Excelentísimo señor Presidente, y se le reconoce y, ¡ay! del gobernante que en una democracia desoiga la protesta reiterada de una mayoría siempre creciente.

Pero la economía es sólo una dimensión de la crisis.

A la destrucción de la economía, se agrega el creciente envilecimiento de nuestro sistema democrático.

Una democracia supone el respeto de los mecanismos a través de los cuales el pueblo puede hacer oír su voz y exigir rectificaciones. Si esos mecanismos no se escuchan, entonces se va destruyendo el diálogo, la comprensión y, poco a poco, la convivencia, que son las bases en que se funda la democracia.

En este sentido, cabe al Presidente de la República una responsabilidad histórica que no podrá eludir.

El señor Allende ha introducido cambios en la vida política chilena, para los cuales, tanto la letra como el espíritu de la Constitución señalaban como indispensable la aprobación del Parlamento.

Pero a través del abuso del derecho, el Gobierno del señor Allende estatizó los bancos, pasando por encima del Parlamento; estatizó las empresas, pasando por encima del Parlamento; se negó a escuchar la voz del pueblo a través de un plebiscito que reformara la Constitución.

Y, ¿qué hacía con eso el señor Allende?

A través de diversos mecanismos desoía a las mayorías y destruía el sentido de la democracia. En otras palabras, envilecía nuestro sistema político.

Esa actitud del Presidente de la República hacia el Parlamento, la repitió para con los partidos y para con los gremios, seguro, sin duda, de lo que él mismo autodefiniera como "la mejor muñeca de Chile". No le discuto a Su Excelencia ese atributo. Pero creo que ya la experiencia le habrá demostrado que la muñeca es un arma muy costosa y de muy corto alcance. Se puede maniobrar una o más veces con los partidos, con los gremios o con el Parlamento, pero no se les puede engañar indefinidamente ni a ellos, ni al pueblo de Chile, porque con el pueblo, señor Presidente, no se juega".